

La jaula y el "contubernio"

EL señor presidente del Congreso suele conceder diez o quince minutos de cortesía a los diputados antes de abrir la sesión. Así, llegan los retrasados; los puntuales bullen y cabildlean por el bar y los pasillos, y los de las esperanzas cortesanas pueden saludar a los ministros. Ayer, el señor Alvarez de Miranda tardó tres cuartos de hora en ocupar el sillón de la presidencia. No es un retraso excesivo. Después de tantos años de espera, ¿qué significan cuarenta y cinco minutos de retraso en adherirnos al Consejo de Europa? Pero los periodistas nos preguntábamos: «¿Qué pasa hoy?»

Nos enteramos en seguida. Pasaba que los socialistas querían formar una Comisión de Investigación y encuesta sobre el estado de las prisiones. Y además, proponían incluir el tema en el orden del día. ¿Se incluye? Se incluye. Había acuerdo y todos los señores diputados votaron a favor, menos los de Alianza Popular, que se levantaron para abstenerse. Y entonces el señor Canyellas ya pudo hablar de lo del Consejo de Europa, que en principio iba a ser el único plato del día.

El señor Canyellas, don Antón, tiene la virtud incorruptible de adormecer al respetable. Deja caer las palabras como un repiqueteo de lluvia. A mí me recordaba aquellas lecturas balbucientes y escolares del «Quijote», o esas respuestas de los examinandos inseguros que se atracan en una palabra y la repiten varias veces en espera de que el profesor les haga la caridad de darles un empujoncito para la continuación. Daban ganas de apuntarle, pero el señor presidente tiene prohibidas las manifestaciones desde las tribunas. Lo curioso es que, cuando pronuncia discursos —que de alguna manera habrá de llamarlos—, el señor Canyellas tiene los papeles delante, y a pesar de ello no sabe seguir. Europa se merece un poco más de elocuencia, aunque quizá España se merezca también algo más de esos diez puestos que nos han dado en el Consejo. ¿Sólo diez puestos? Pues que hable el señor Canyellas.

Mientras el señor Canyellas llueve sobre el hemiciclo, algunos señores diputados se entretienen con diversas lecturas desde sus escaños. Los más aficionados a matar con la lectura los tedios parlamentarios son los diputados de la izquierda. Ya se conoce el tradicional horror de algún sector de la derecha tanto a la descortesía como a la lectura. Desde la tribuna de Prensa, a vista de pájaro, en el mejor sentido de la palabra (que luego explicaré el otro), veo cómo los diputados socialistas entran en el Consejo de Europa leyendo los periódicos de la tarde, mirando los «monos» de los «Fortenta años» de Forges o admirando los refrescantes desnudos de algunas revistas ilustradas. Un señor diputado, ya entrado en años, examina atentamente el anuncio de unos progresistas calzoncillos de colores. Cuando don Antón Canyellas termina su ejercicio de lectura, entramos por unanimidad en el Consejo de Europa y nos adherimos a la Convención para la salvaguarda de los derechos humanos y a la Convención Social Europea. (Aplausos.)

Don Fernando Alvarez de Miranda había de este esperado —tan largamente esperado— triunfo de los demócratas europeos. Don Fernando pone un poco de la emoción que no había puesto don

Antón, y habla de los partidos y de los hombres que habían puesto su esfuerzo y habían sufrido represalias por alentar el europeísmo. Citó el nombre claro y querido de Dionisio Ridruejo, y sonaron, espontáneos, los aplausos. Y tuvo un recuerdo para el «contubernio» de Munich. De alguna manera, España ha empezado a cruzar las puertas de Europa.

Pocos ministros en el banco azul. Faltan el presidente y los tres vicepresidentes. Está, desde el principio, don Landelino Lavilla, porque se va a hablar de las cárceles. Martín Villa —que luego escucharía el primer elogio que dedica el Congreso a las Fuerzas de Orden Público por boca del comunista Solé Barberá— escribe «deberes» en su agenda de trabajo. Llega Garrigues, con un aire indolente, casi de huelguista. Aparece Pio Cabanillas, vestido de gris perla, con un traje como de rejuvenecimiento cultural.

El señor Sotillo es un joven diputado socialista. Explica, con esa seguridad reservada sólo para los jóvenes, lo que debe no ser y lo que debe ser la Comisión de encuesta del estado y situación de las cárceles. No se trata de controlar ni vigilar al Gobierno. Se trata de intentar descubrir las causas de los molines y disturbios en las prisiones, que vienen creciendo desde hace cinco años. Y de proponer soluciones. El señor Solé Barberá es catalán y comunista. Anuncia el voto a favor de la propuesta, pero antes se lamenta de que el señor Alvarez de Miranda no ha citado a los comunistas entre los del «contubernio». El señor Alvarez de Miranda abre los brazos como diciendo: «A mí se me reprocha hasta cuando no me equivoco.» El señor Vázquez, de U.C.D., también habla a favor, pero aclara que esto nada tiene que ver con dar falsas esperanzas a los presos. Y el señor Fraga, tranquilizado con tales aclaraciones, anuncia que también va a votar a favor. Fraga cita a doña Victoria Kent y a Kelsen, y se sabe de memoria eso de que en los candados de las cárceles de Génova estaba escrita la palabra «libertas», porque la defensa de la libertad requiere candados.

Ayer estuvo a favor incluso el señor Letamendia. Pero el señor Letamendia tiene la manía de que haya en las cárceles menos individuos de ciertos sectores y más de otros. Por ejemplo, podría haber más banqueros. Porque hasta ahora no hemos tenido más que a don Ramón Rato. Y explicó que no basta con dorar la jaula para meter al pájaro. Que lo que hay que hacer es no hacer pájaros para meterlos luego en la jaula. Al fin y al cabo, el señor Letamendia no tiene por qué ser Vicente Aleixandre. Y lo que tienen que hacer sus señorías es arreglar lo de las jaulas. Digo lo de las cárceles.—Jaime CAMPANY.